

MI CASA SERA LLAMADA CASA DE ORACIÓN

El 29 de noviembre de 1969 era bendecido el nuevo monasterio. La Comunidad eligió en esa ocasión, para cantar en la Liturgia de la Palabra que enmarcaba la Bendición, la Antífona cuyas palabras encabezan estas páginas: Escrito está, mi casa será llamada Casa de Oración.

Estas palabras eran, por otra parte de la Comunidad, un eco y una respuesta a aquellas otras que, cinco años, antes, la Madre Abadesa de Sta. Escolástica había dirigido a las nueve monjas fundadoras:

“Es necesario que nuestro Oficio anuncie a todo el mundo las alabanzas del Señor, que lleguen como un eco del cielo, como un eco de la alabanza del Verbo en el Seno del Padre hasta el mis lejano rincón de la tierra. Las que mañana parten, hagan un esfuerzo grande, serio, espiritual, tenaz, para que la alabanza que comenzarán en Uruguay sea eso: un anuncio de la alabanza de Cristo, del Señor que canta al Padre *in aeternum misericordia ejus*”.

De este modo la liturgia, esa obra de cristo “por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados”⁶ fue desde el comienzo, junto con el trabajo manual, la principal tarea de la Comunidad.

De la Introducción a la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* se desprende que este es el medio por el cual se ejerce la obra de nuestra redención:

- aquí
- hoy
- para nosotros.

Es decir que sus formas estarán condicionadas por el lugar, el tiempo y la comunidad concreta que la vive y la celebra. La liturgia “no es una ‘cosa’, un en si, un objeto que preexistiera independientemente de la comunidad... Es una participación de experiencia vital, una participación de existencia que se hace invocación en una expresión común”⁷. El medio ambiente, la época en que se vive, las personas, le irán dando forma, y no una forma más o menos idéntica a la de la Casa Madre, cuya perfección consistiría en reproducir hasta en los más mínimos detalles lo que se hacía allí, sino una forma propia, peculiar, lo que no quiere decir necesariamente completamente distinta, dado que existe una continuidad de vida, de formación, de espíritu y en los comienzos, también una dependencia muy grande ya sea por la inexperiencia o por la falta de material. No se trata de cambiarlo todo sino -como lo dice hermosamente Dom J. Leclercq- de hacer que toda esa riqueza que se trae pase por nosotros por una acción del Espíritu de Cristo resucitado operando en la Iglesia.

Desde el primer momento se impuso una realidad: nueve personas sin dotes musicales extraordinarias, en un Coro reducido no podían celebrar el Oficio Divino, sobre todo en las grandes fiestas, como se celebraba en una comunidad de sesenta monjas. Fue necesario, pues, simplificar, sobre todo las ceremonias, sin tocar lo esencial o aquello que tenía para todas un profundo valor de signo -así por ejemplo, se guardó siempre la costumbre de ponerse de pie e inclinarse para el Gloria al Padre y demás doxologías-; se redujeron las ceremonias a formas más simples, más funcionales.

⁶ Cons. S. C. n. 7.

⁷ *Chant et vie spirituelle*, V. Sp. n. 526, abril 1966.

También en el canto hubo simplificaciones: el Ofertorio de la Misa, por ejemplo, sólo se cantaba en algunas ocasiones excepcionales, actualmente, según el nuevo *Ordo Missae*, lo hemos suprimido siempre que no hay procesión de ofrendas con canto, muy pronto se simplificaron los Introitos y el versículo del *Alleluia* que se cantaba los domingos en español y los demás días de la semana en latín.

Otra realidad que las fundadoras encontraron al llegar y de la que no podían prescindir era la del medio ambiente: gente humilde, familias muy pobres, sin ninguna cultura, muchos niños, concurrían a la misa donde asistían a un espectáculo extraño, al que permanecían completamente ajenos.

Sí el pueblo cristiano -como lo afirma, la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*- tiene el derecho y obligación, en virtud del Bautismo, a una participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas, era necesario hacer algo para que los ritos resplandecieran con una noble sencillez, fueran breves, claros, evitando las repeticiones inútiles adaptándose a la capacidad de los fieles sin tener necesidad de muchas explicaciones⁸.

Lo primero que trataron, tanto los PP. Capellanes, como las monjas, fue dar a los fieles, a través de una adecuada catequesis, algunos elementos de doctrina, de liturgia y de canto y luego, progresivamente, se fue introduciendo el español en el canto del Ordinario de la Misa y en los cantos interleccionales y procesionales.

El rezo en lengua vernácula era un deseo casi unánime de la Comunidad y desde el comienzo no se ahorraron esfuerzos para acelerar el proceso -irreversible, sin duda- que se había iniciado en ese sentido.

Personalmente -confieso sin temor lo que muchos consideran hoy un pecado vergonzoso- amo el latín y el canto gregoriano que han sido y siguen siendo para mí, fuente riquísima de oración, me molesta profundamente la actitud de quienes creen que no están “aggiornados” si no afirman *opportune et importune*, que “toda la vida habían deseado rezar en lengua vernácula”, o de aquellos otros que menosprecian, sin conocerlos, los valores de la tradición espiritual que esos elementos representan, pero creo también que, cuando se trata de la oración comunitaria, lo más importante es que esa oración tenga sus raíces en la vida, la exprese y la alimente al mismo tiempo.

Cuando recién comenzó a hablarse de lengua vernácula en el Oficio, pensaba que el interés por ella se debía a una razón de comodidad por parte de algunos -no tener que estudiar el latín simplificaba mucho las cosas-. Pero luego comprendí que, aunque en algunos casos era así, las raíces eran mucho más profundas, las motivaciones mucho más legítimas: la lengua y las melodías de la Edad Media, con el matiz romántico que le dieron sus restauradores del siglo pasado, no respondían “inmediatamente” a nuestra mentalidad y a nuestras exigencias de expresión. Comprendí que “el hijo de Dios es libre, libre de hablar al Padre según su corazón” y si a veces, podemos hablar al Padre en latín y cantarle las antiguas melodías, no podemos, cuando nos unimos a nuestros hermanos para rezar juntos, pedirles que renuncien a la libertad que ellos tienen a su vez que adopten estructuras lingüísticas o musicales determinadas, extrañas a su vida y a su ser. Por eso, pienso también que no se trata tanto de “adaptar”, cuanto de “crear”. Y el valor religioso de esas creaciones dependerá, sí, de los recursos literarios y musicales de su autor pero en primer lugar y sobre todo, de la profundidad de su experiencia contemplativa.

Ya en el año 1966, con un permiso provisorio, se empezó a buscar una traducción de los salmos que pudiera cantarse con las melodías gregorianas. La tarea no era fácil, no sólo porque la

⁸ Cf. S. C. n. 33.

mayoría de las buenas traducciones no habían sido hechas para el uso litúrgico y los modos gregorianos planteaban muchos problemas al aplicarse al español, sino también porque se advirtió que para adoptar la lengua hablada era necesario “re-descubrirla”, purificarla de la distracción habitual con que la empleamos, volver a dar a las palabras su sentido profundo, su densidad, su belleza, belleza de forma y de sonido, descubrir los armónicos que crea la proximidad y la contraposición. La búsqueda de una traducción es toda una forma de ascesis.

Se comenzó por las Horas Menores, *Maitines* y Completas y luego las Vísperas cantadas de sábados y domingos.

En 1967 se suprimió *Prima* y, en obediencia filial a la Iglesia se abandonó la experiencia del rezo en español y se volvió al latín, salvo las lecturas. En 1968 se adoptó el salterio completo en quince días, es decir, tres salmos en cada nocturno de Maitines con la redistribución de los salmos para incluir los de Prima. Los Maitines se aliviaron pero la nueva estructura no nos convenía. En agosto de este mismo año se vuelve al rezo en español, comenzando por el salterio y las oraciones y extendiéndolo a las demás partes del Oficio y de la Misa a medida que el material de que disponíamos lo permitía sin abandonar sin embargo completamente las piezas del Antifonario y del Gradual.

Finalmente, en 1969, se adoptó el esquema Füglistter que nos satisface plenamente, no solo porque nos permite rezar todo el salterio en una semana manteniendo los Nocturnos de tres salmos en Maitines, sino sobre todo por el criterio con el que han sido elegidos los salmos que va revelando sus riquezas a medida que se lo profundiza.

Un solo inconveniente le hemos encontrado y éste, de carácter podríamos llamarlo pastoral: la Hora Meridiana del sábado que con su acumulación de maldiciones deja perplejos y confusos a los huéspedes que vienen a pasar el fin de semana a nuestro Monasterio y para quienes éste es, a veces, el primer contacto con el Oficio Divino.

Con estos sucesivos cambios y adaptaciones nuestro Oficio se ha ido haciendo lentamente más orgánico, más rico, más inteligible. Nos queda, sin embargo, un largo camino que andar. En las lecturas sobre todo no hemos encontrado todavía la fórmula que nos satisfaga. Teníamos desde hace tiempo la lectura continuada, por una parte en la Misa y por otra, en Maitines y Completas, Suprimida la lectura de Completas la hacemos ahora en *Maitines*, *Laudes* y Hora Meridiana, dejando la lectura del Evangelio del día exclusivamente para Vísperas.

Creo, que últimamente, la elección de las lecturas, tanto las del segundo nocturno de Maitines, donde hemos introducido junto a los textos de los Padres antiguos, homilías y comentarios de los últimos Papas y otros autores modernos, como las de Sgda. Escritura, ha sido bastante acertada. Pero, sin pretender una armonización con las lecturas de la Misa, cosa que me parece prácticamente imposible, sobre todo si queremos una lectura de toda la Escritura, desearíamos algo más orgánico, por ejemplo, distribuir los Libros de la Biblia en dos ciclos de un año, cada uno de los cuales presentara una visión del desarrollo del plan de salvación. Nos gustaría mucho en este sentido, conocer las experiencias de otros monasterios y pensamos que los monjes, más versados en exégesis, etc. tienen más elementos que nosotras para emprender este trabajo.

No he hablado de la Misa porque creo, que merece un párrafo especial, Es esta una riqueza con la que, desde el comienzo de la fundación, Dios nos ha regalado: no sólo no nos ha faltado nunca, sino que ha sido -y en gran parte debemos agradecer por ello a nuestros capellanes- una celebración viva del Misterio de nuestra Redención y una Fuente de gracias comunitarias. Hemos tenido la experiencia de que “La eucaristía hace la Iglesia”, esa célula de la Iglesia que es la comunidad monástica y en los momentos difíciles, que a ninguna comunidad le faltan, hemos sentido casi palpablemente que lo que nos congregaba y hacía de nosotras un solo Cuerpo y un solo Espíritu era la participación en el Cuerpo y la Sangre del Señor Resucitado.

Durante casi todo el año pasado tuvimos concelebración diaria, celebraciones enormemente ricas en su simplicidad que se iba haciendo cada vez mayor a medida que entraban en vigencia las nuevas reformas litúrgicas.

Algunos elementos que se fueron introduciendo en el transcurso del año, como la oración universal, en la que cada uno pone espontáneamente su intención, el rito de la paz, abandonado por un tiempo y luego vuelto a adoptar, el pan ácimo con el que adquiría toda su fuerza de significación la participación de un mismo pan, ayudaron a hacer de nuestra Eucaristía el centro de la vida personal y comunitaria.

No sé si esta esquemática relación del proceso de nuestro “aggiornamento” litúrgico habrá logrado dar una idea exacta de lo que él ha sido: búsqueda comunitaria de las nuevas formas de nuestra conversación con Dios, de nuestro sacrificio de alabanza, de nuestra oblación espiritual, búsqueda guiada por la Iglesia y no obstante, búsqueda llena de tanteos y vacilaciones y, por qué no decirlo, también de yerros, búsqueda enriquecedora aunque fatigosa a veces y difícil, porque se contaba con pocos elementos, porque había que cuidar de simplificar sin empobrecer, porque había que suplir con discreción y prudencia ese elemento de moderación que lleva en sí misma una comunidad numerosa. En una comunidad pequeña es más fácil ir adelante, moverse con rapidez pero también existen peligros: uno de ellos es la improvisación habitual, y digo habitual porque no se trata de la que es requerida a veces por una situación excepcional o imprevista y que forma parte de esa flexibilidad que debemos tener ante lo que es nuevo o no, está dentro de lo acostumbrado. Otro peligro es el cansancio. Cuando falta el material o las orientaciones, cuando todas las responsabilidades se reparten entre unas pocas siempre las mismas, cuando la ausencia, física o no, de un miembro se hace sentir en la celebración, podemos desalentarnos caer en la tentación de buscar lo más fácil. Es necesario realmente “un esfuerzo grande serio, tenaz, espiritual”, sobre todo espiritual, para que no decaiga nuestro deseo de alabanza gratuita y generosa para que cada día a pesar de la fatiga, nuestro corazón anhele cantar las maravillas de Dios, para que en el Oficio diario nuestro ser se re-crea y cobre nuevo vigor. Y ese esfuerzo no puede hacerse sin un contacto personal e íntimo con el Señor, contacto en la meditación de la Palabra y en la oración secreta. Por esto, nuestra comunidad ha considerado siempre necesario dedicar en la mejor hora del día, un tiempo suficiente a la “lectio”, ocio para Dios, en medio de las urgencias del trabajo, del estudio, etc.

Hasta ahora no he hablado más que de la repercusión de la liturgia en la vida comunitaria, pero no puedo dejar de referirme, aunque sea brevemente a otro aspecto: el de la irradiación.

Hace unos meses al referirse a lo que se esperaba de nosotras, de esta nueva etapa, nuestro obispo señalaba que teníamos que cumplir también una misión litúrgica.

Y así nos preguntamos ¿cuál es esta misión? ¿Cómo podemos cumplirla? Ha habido ya, a través del contacto con otras familias religiosas, una acción en el plano litúrgico: enseñanza del canto, comunicación de experiencias, difusión de las nuevas melodías del Ordinario de la Misa, de Antífonas, etc. Pero respecto a los laicos el problema es más complejo. De una zona rural, de pequeños propietarios, de gente muy pobre, hemos pasado a una zona balnearia donde la mayoría de las casas son de veraneo o de fin de semana, al parecer con poca población estable. Extrañamos a nuestros vecinos pero debemos tomar en cuenta la nueva situación. Si nuestra presencia en Barros Blancos era una manera de “evangelizar” a los pobres, nuestra presencia en el Palmar, ¿será una manera de evangelizar a los ricos? porque también los ricos necesitan ser evangelizados, también ellos necesitan oír la Palabra del Señor: “Convertíos y creed en la Buena Nueva”.

¿Qué podremos dar a nuestros vecinos o a los huéspedes que llegan al Monasterio? ¿Esperan ellos algo de nosotras? Es todavía demasiado pronto para responder a estas preguntas, es inútil hacer planes en el aire. Creemos que Dios mismo nos irá mostrando lo que quiere de nosotras. Por ahora, a través del contacto con los huéspedes que no han faltado este verano, podemos

afirmar que ellos esperan de nosotros que seamos lo que somos. Hace poco una joven que nos conocía desde hacía tiempo, decía a una de nuestras hermanas que después de pasar unos días entre nosotras, había tomado conciencia de lo importante que era el hecho de que en la Iglesia hubiera quienes estuvieran allí solamente para orar, para alabar a Dios en nombre de sus hermanos y que ellos pudieran, de vez en cuando, unirse a su intercesión. a su alabanza, a su acción de gracias.

Creo que, como decía Dom Brassó en la Reunión de Superiores monásticos del Cono Sur, si nuestra liturgia es el fruto de una vida, de una vida intensa, cumpliremos con la misión que tenemos en la Iglesia.

Muchas veces se oye decir: “Habría que adaptar la liturgia a las necesidades de la gente, (no me refiero aquí a esas adaptaciones de las que habla al principio). “A los jóvenes les gustan las misas con música “beat” con acompañamiento de batería”. Cuando la gente asiste al Oficio de los monjes no entiende nada”. Todo esto es cierto en parte, pero no hay que generalizar demasiado. Hay también quienes ,entienden, y sobre todo, están todos aquellos mucho más numerosos de lo que creemos que, sin “entender”, intuyen el Misterio de Cristo a través del testimonio de una comunidad que ora , en espíritu y en verdad”.

Dice el Padre de Lubac, que «en las tentativas que se han hecho en nuestros días, de lo que debemos alegrarnos, para conseguir una celebración litúrgica más “comunitaria” y más viviente, nada sería más perjudicial que el dejarse obsesionar por el éxito de ciertas fiestas profanas, éxitos que han sido obtenidos gracias a los recursos combinados de la técnica y de la exaltación de la carne y de la sangre, porque “la vida unánime”, de la Iglesia no es una expansión natural: se vive en la fe y nuestra unidad es el fruto del Calvario»⁹.

No se trata pues de que las monjas toquen la guitarra -aunque pueden tocarla- ni que vivan obsesionadas por lo que a “la gente” le gusta o no le gusta. Basta me parece, con que seamos mujeres de nuestro tiempo, con que recibamos en nuestro corazón todas las angustias y las esperanzas de nuestros hermanos y que luego oremos con sencillez y con verdad una verdad que resida en nuestra vida de consagración total al Señor.

Tal vez lo que los laicos necesiten no es que los monjes les den lo que les gusta sino lo que les ayude a descubrir, a comprender y a gustar todos esos valores que la agitación y la complejidad de su vida en el mundo no les deja percibir.

Naturalmente esto supone un contacto con los laicos, una apertura a los distintos grupos, una iniciación, un intercambio de ideas, una actitud de servicio y de acogida cordial para todos los que llegan al monasterio, sin acepción de personas.

Además, las monjas no pueden realizar solas esta tarea, hay toda una acción de difusión, de relación, de toma de contacto, que no les corresponde.

Cada uno tiene su misión en la Iglesia, pero sería de desear que cada misión particular estuviera integrada en el conjunto -¿no se hacen para esto los planes de pastoral?-.

Volvemos a preguntarnos: ¿Cuál es nuestra misión litúrgica en la Iglesia del Uruguay? Y en forma general respondemos: ser monjas, ser monjas contemplativas, ser monjas benedictinas, es decir, dar a los hombres el testimonio de una vida orante, vida de fe consagrada totalmente a buscar a Dios. Las formas concretas que debe tomar ese testimonio se nos irá mostrando día a día a través de las orientaciones de la Iglesia y también de los acontecimientos pequeños o grandes. Sólo necesitamos ser dóciles al Espíritu Santo y dejarnos guiar por Él.

⁹ H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Ed. Desclee de Brouwer, 1966, pp. 138 y 139.

Sta. María Madre de la Iglesia
Uruguay